PRESENTACION

Para el Centro de Divulgación del Conocimiento Económico, A.C. es especialmente satisfactorio presentar esta monografía CEDICE, con la conferencia dictada por Friedrich August von Hayek en el University Club de Washington, el 29 de noviembre de 1.982, pocos días después de su llegada de Venezuela. El profesor Hayek es uno de los pensadores más sólidos y más completos del Siglo XX. Como acertadamente afirmó "El Diario de Caracas", Miembro Colaborador de CEDICE, "En un mundo donde los maestros reducen cada vez más sus áreas de especialización, el profesor Hayek expande su campo de investigaciones más allá de la teoría económica, la filosofía política, la historia y la jurisprudencia".

En "Nuestra Herencia Moral", Hayek ensaya un nuevo enfoque para tratar cuestiones, morales en torno a la propiedad, a la fami1ia y a la distribución del ingreso.

OSCAR OCHNELL
PRESIDENTE

Espero que acepten como algo positivo, el hecho de que yo vaya a aprovechar esta oportunidad, para probar con ustedes, un nuevo enfoque a un tema que se ha convertido en uno de mis mayores intereses. Lo que voy a presentarles es una nueva versión de lo que es esencialmente el mismo argumento que he venido exponiendo desde hace algún tiempo, (espero) en una versión más convincente.

EL ORDEN GENERALIZADO DE LA COOPERACION HUMANA SE-DEBE-A RESTRICCIONES DE'LOS" INSTINTOS NATURALES

Lo que voy a discutir aquí es la cuestión del surgimiento de lo que llamo el orden generalizado de la cooperación humana. Solía referirme a esto con el término de "sociedad generalizada", expresión que es prácticamente similar a las descripciones de "sociedad abierta" o "gran sociedad". Pero he llegado a la conclusión de que el término "sociedad" en sí es equívoco, pues intenta persuadirnos de que este gran orden de nuestras actividades se debe a nuestros instintos para con nuestros pares inmediatos. El término "sociedad" es realmente engañoso, porque, en contraste con 10 que nuestros instintos nos ordenan, lo que yo llamo el orden generalizado de la acción humana se debe más bien a nuestro aprendizaje gradual de la sumisión a lo que sólo puedo describir como restricciones de nuestros instintos.

Es justamente porque son adquiridas, que detestamos, hasta odiamos, estas restricciones. En efecto, existe un gran conflicto entre, por un lado, los instintos innatos que adquirimos viviendo en el pequeño grupo de cazadores colectores, donde todo el mundo sabía las mismas cosas, compartía las mismas metas y conocía el mismo grupo limitado de personas; y por otro lado, los nuevos tipos de actitudes, que nunca escogimos deliberadamente y nunca entendimos, pero que nos permitieron crear un orden que amplía enormemente el alcance de nuestras percepciones sensoriales.

Suelo decir a veces -y creo que esto es más significativo' que un simple símil- que nuestro aprendizaje de una moralidad tradicional, que implicó básicamente restringir nuestros instintos heredados, constituyó una etapa de nuestra evolución tan importante como la suma del sentido de la visión al sentido del tacto. Hubo una época, cuando los organismos animales sólo poseían el sentido del tacto y por lo tanto sólo se enteraban de lo que ocurría en su vecindario inmediato. Y luego, tal vez hace centenares de millones de años, adquirieron el sentido de la visión y se tomaron conscientes de lo que ocurría a cierta distancia de ellos.

Ahora bien, nosotros también hemos adquirido un nuevo sentido, lo que lo sicólogos llamarían ahora un sentido extrasomático, que no forma parte de

nuestra fisiología, pero que nos permite adaptarnos a acontecimientos que suceden más allá de nuestro campo visual. Estamos viviendo en una sociedad que existe, sólo porque somos capaces de servir a personas que no conocemos, e incluso, cuya existencia ignoramos y, recíprocamente, nosotros vivimos constantemente gracias a los servicios de otras personas, de las cuales no sabemos nada.

Adam Smith fue el primero que percibió esta realidad, a saber, que hemos encontrado un método para crear un orden de cooperación humana, que rebasa de lejos los límites de nuestro conocimiento. Somos llevados a determinadas cosas a través de circunstancias, que básicamente ignoramos. No conocemos las necesidades que satisfacemos y tampoco conocemos el origen de las cosas que obtenemos. Formamos parte de un inmenso marco, en el cual nos incorporamos acatando ciertas reglas de conducta, que nunca hemos elaborado ni entendido, pero que tienen su razón de ser. En efecto, los grupos que dieron con estas reglas de conducta prosperaron y se multiplicaron, mientras que otros grupos que probaron otras normas, fracasaron.

LA" MORALIDAD NO ES RESULTADO DE LA 'INTELIGENCIA

Respecto a esto, he tenido que rechazar, después de un proceso muy doloroso, lo que, en mi juventud, yo consideraba como el análisis más

acertado y que, hasta mi gran maestro, Ludwig von Mises convirtió en el fundamento de su filosofía: la explicación utilitarista de la ética.

La mayoría de nosotros fuimos criados con la noción de que el hombre era suficientemente inteligente, para descubrir cuáles hábitos de acción eran más eficientes que otros; y que, como entendía cómo podía servir mejor sus intereses, fue aceptando progresivamente instituciones, como la propiedad privada, la familia y la honestidad.

Toda regla es, desde luego una restricción de este comportamiento instintivo que nos es innato, que fuimos adquiriendo cuando vivimos durante muchos milenios en pequeños grupos, pero que nos ayudó a alcanzar .metas comunes y satisfacer las necesidades de pares conocidos y familiares. Pero poco a poco, se fue gestando a partir de esto, un nuevo tipo de tradición moral: las reglas de la propiedad y la familia, que son por esencia, restricciones de nuestros instintos naturales.

Fue una creencia errónea ¡por parte de la mayoría de los de la generación anterior y hasta la mayoría de los economistas clásicos, pensar que el hombre, gracias a su inteligencia suprema, comprendió que era mejor adoptar estas diferentes reglas. Esto no es cierto. El hombre nunca entendió por qué aceptó estas normas morales. Las normas morales de la propiedad y de la familia se

extendieron y pasaron a dominar en una gran parte del mundo, porque aquellos grupos que, por azar, llegaron a aceptarlas, habían prosperado y se habían multiplicado más que los otros.

No debemos nuestra moral a nuestra inteligencia, sino al hecho de que algunos grupos, sin que se sepa por qué, aceptaron ciertas reglas de conducta -las reglas de la propiedad privada, de la honestidad y de la familia- que les permitieron prosperar, multiplicarse y progresivamente desplazar a los demás. El hombre nunca fue suficientemente inteligente como para concebir su propia sociedad, pero las practicas que le ayudaron a multiplicarse, se propagaron exactamente por esta razón. Fue un proceso de selección cultural, análoga al proceso de selección biológica, lo que hizo prevalecer a estos grupos y sus prácticas.

Y el hecho de que nuestra moral no sea el resultado de la inteligencia suprema del hombre que descubre que esta moral es mejor, sino el resultado de un proceso de selección cultural, explica por qué tanta gente la detesta.

En un ensayo qué redacté hace unos dos años, señalé que el hombre era civilizado sin haberlo querido. Creo que esto es fundamentalmente cierto. En efecto, el hecho de que estas reglas no estuvieron basadas en un acuerdo sobre su funcionamiento sino simplemente se impusieron, porque los grupos que las habían adoptado tuvieron más éxito que otros, hizo que estuviéramos

constantemente divididos entre dos actitudes. Por un lado, están las emociones, que eran cónsonas con nuestro comportamiento en los grupos pequeños, donde todos vivimos juntos durante centenares de miles de años, donde aprendimos a servir a nuestros pares y donde todo el grupo perseguía los mismos objetivos, y por otro lado, está la evolución más reciente de nuestra conducta, en la que, ya no servimos principalmente a .pares conocidos, ya no perseguimos los mismos objetivos, sino que hemos encontrado el mecanismo para permitir que sobreviva en este mundo, para hablar crudamente, aproximadamente doscientas veces la cantidad de seres humanos que existieron antes de que empezara la civilización.

Creo que es básicamente cierto que el noventinueve y medio por ciento de las personas que viven ahora en este mundo ha .podido sobrevivir sólo gracias al desarrollo de nuevas formas de interacción humana, que los hombres pertenecientes a los grupos pequeños no conocían cuyas funciones no entendemos hasta el día de hoy y que acatamos y seguimos con mucha reticencia.

LOS-PRINCIPIOS DE LA PROPIEDAD-Y DE FAMILIA SON FENOMENOS EVOLUCIONARIOS

El proceso nediante el cual las éticas de la propiedad privada y de la

honestidad llegaron a imponerse, y la razón por la cual grupos que acataron estas reglas prosperaron y se multiplicaron más rápidamente que los demás, constituyen un asunto interesante, al cual debo referirme brevemente. En efecto, cabe preguntarse, ¿cómo una tradición, cuyo impacto no concientizó la gente, se impuso y se transmitió de una generación a otra, si la gente no la entendía en forma racional?

La respuesta a este interrogante es que todos los grupos humanas pudieron existir, sólo porque acataron cierto tipo de reglas de conducta que poseían en forma común. Pero, para preservar reglas de conducta, cuyas funciones no entendían, apelaron a la ayuda de sanciones sobrenaturales. y debemos admitir que es a estas creencias místicas, que debemos el poder haber mantenido una tradición que nos era benéfica.

Por lo tanto, debemos nuestra civilización a creencias que no son ciertas, en el mismo sentido que los son los hechos científicos, pero que son tan esenciales como ellos, porque es debido a la fe que tenemos en ellas, que pudimos desarrollar nuestra civilización moderna.

Constituye un ocho muy interesante el que, entre los distintos fundadores de religiones de los dos milenios pasados, haya habido muchos que estaban, en contra de la propiedad y la familia. En realidad, creo que cada diez años, surge

un nuevo creador de religión que se opone a la propiedad y la familia. Pero las únicas religiones que han sobrevivido son las que respaldan la propiedad y la familia. Si uno se pone a observar el mundo actual, se dará cuenta de que, con la excepción del mundo comunista, todas las religiones universales (ya sean las creencias monoteístas de Occidente, o bien las religiones exóticas de Oriente), apoyan los dos principios de la propiedad privada y la familia. Aunque miles de fundadores de religiones hayan reaccionado contra esto y abogado a favor de creencias religiosas opuestas a estas dos instituciones, sus religiones no han durado mucho tiempo. "No han durado mucho tiempo" significa, en este sentido, que desaparecieron al cabo de aproximadamente cien años.

Pienso que estamos asistiendo a uno de estos experimentos, que ya está en vías de desaparición antes de cumplirse el siglo de existencia. Se trata, por supuesto, al comunismo, una de esas religiones que se opone a la propiedad y, a la religión, que ha tenido su auge y hora está perdiendo importancia con mucha velocidad. Así que estamos asistiendo a un ejemplo, en que el proceso de selección natural de las creencias religiosas, está nuevamente desechando un experimento erróneo, para restaurar la fe básica en la propiedad y la familia.

POR QUE'LA INSTITUCION DE'LA PROPIEDAD FUE TAN BENÉFICA

Sin embargo, debo explicar también por qué creo que la fe en la institución de la propiedad privada -o, como la prefiero llamar, la propiedad particular, porque no es necesariamente la propiedad de individuos, sino las propiedades de cualquier grupo- es una condición esencial para el desarrollo del orden generalizado de la cooperación humana.

La transición desde las relaciones humanas dentro de grupos pequeños, basadas en objetivos y conocimientos comunes, hasta la sociedad, que apela a conocimientos muy dispersos y atiende a una gran variedad de diferentes objetivos individuales, es lo que ha permitido a la humanidad hacer uso de una cantidad de informaciones mucho mayor que cualquier otra sociedad.

Por supuesto, la propiedad privada nunca fue "inventada", en el sentido de que la gente pudiera prever sus beneficios. Su principal beneficio resultó ser la división del trabajo, que fue una consecuencia. Esta, a su vez, aumentó la posibilidad de mantener a una mayor cantidad de seres humanos, porque permitió generar un incremento de la productividad, gracias al uso de un abanico de informaciones mucho más amplio de 10 que pudiera poseer cualquier agente económico solo.

Pero esta división del trabajo significó, sobre todo, que el crecimiento de la población no acarre ó, como Malthus lo había vaticinado, un proceso, por el que el aumento de la población humana debía conducir irremediablemente a una baja de. la rentabilidad y, por ende, a una merma de los ingresos fe rsona1es . Por el contrario, se' observó que, en la medida en que permitió un aumento de la población logrado a través de un aumento de la diferenciación, el crecimiento demográfico no estuvo sujeto a la ley de la baja de la rentabilidad. De hecho, el aumento en la densidad de la población contribuyó cada vez más a incrementar la productividad.

La aplicación de Malthus, de la ley de la baja de la rentabilidad al aumento de la población humana, estaba basada en la premisa de que el trabajo humano es uniforme. Pero uno de los más importantes logros de 1a propiedad fue justamente que el trabajo humano y las propiedades humanas se tornaran altamente especializados.

Y así fue como el crecimiento demográfico se convirtió en un aumento de la variedad. Esto hizo posible el surgimiento de lo que Adam Smith fue el primero en reconocer como la división del trabajo. Smith explicó (pero sus sucesores no entendieron), que la división del trabajo era una función directa de la dimensión del mercado. Y la dimensión del mercado, por supuesto, es

una variable del tamaño de la población. El aumento de la población, lejos de reducir la productividad y lejos de conducir a un empobrecimiento, constituye, en realidad, el verdadero origen del incremento de nuestra productividad y de nuestra capacidad para sustentar a un número decreciente de seres humanos.

LA NATURALEZA - AUTORREGULADORA' DEL - AUMENTO POBLACIONAL

He llegado ahora al punto en que, debo confesar, estoy de algún modo en conflicto con la creencia de la mayoría de mis colegas economistas contemporáneos, y, más aún, con opinión popular. En efecto, a todos nos han enseñado que el mayor peligro que amenaza a la humanidad es el rápido aumento de la población y que pronto "sólo podremos caber todos de pie".

Pero yo insisto (y me alegro de haber encontrado apoyo en el trabajo de uno o dos economistas recientes, tales como Julián Simón, que han dedicado un estudio especial a este tema), en que todo esto es falso. No es cierto que el aumento de la población conduzca al empobrecimiento. No tenemos ningún ejemplo en la historia que lo compruebe -y digo esto después de haber efectuado un examen cuidadoso- es decir, que no se conoce ningún caso, en que el aumento demográfico haya conducido a un empobrecimiento de las

personas que ya existían.

La impresión contraria se debe al hecho de que estamos hablando de ingresos promedios y no de ingresos de las personas que ya no existían. Pero la evolución de la división de1trabajo y del capitalismo, ha favorecido al pobre más que al rico; ha conducido a un mayor aumento de número de personas pobres que de personas ricas. El resultado de esto es que un aumento de la población conduce generalmente a una disminución de los: ingresos promedio, simplemente porque los pobres se multiplican más rápidamente que los ricos.

Ahora bien, esto no significa que las personas que ya existen se tornan más pobres, sino que, simplemente, hay más gente pobre. De cierto modo, constatamos (aunque esto tenga un significado totalmente diferente del que Carlos Marx le dió), que la afirmación, según la cual el capitalismo creo un proletariado, es perfectamente cierta. Fue el capitalismo que efectivamente permitió a los pobres sobrevivir. El proletariado nunca pudo haber existido si el sistema capitalista no hubiera permitido a los indigentes sobrevivir, a diferencia de los sistemas anteriores. Esto es algo que no hay que lamentar. Nuestra moral, la moral que ha prevalecido, la moral de la propiedad privada y la honestidad, es simplemente lo que favorece las prácticas que contribuyen a la multiplicación de la humanidad.

El cálculo económico es un cálculo de vida; nos lleva a realizar el tipo de acciones que garantizan el aumento más rápido de la humanidad. De cierto modo, estoy dispuesto a defender este punto de vista, diciendo que la vida no tiene otro objeto que sí misma, lo cual significa que hemos sido concebidos, de modo de que todo lo que hagamos, contribuya a producir más seres humanos de los que existían antes.

Pero no creo que esto sea motivo para estar aterrorizado. Por supuesto, tenemos que reconocer que la evolución no ha sido guiada por fines estéticos y reconozco que no estoy muy contento, cuando observo que la prosperidad económica conducirá probablemente, en un lapso previsible, a un nuevo aumento, muy rápido de la población humana. Sin embargo, creo que el temor de que esto pueda conducir la situación horrible de "tener que estar todos de pie para caber", es totalmente injustificado.

Constituye una prueba interesante del proceso económico a través de la economía de mercado el hecho de que la mayor pro1iferación humana se produce solamente en 10 que se Podría llamar la periferia. En los países muy avanza dos (los que solíamos llamar "capitalistas" o "con economías de mercado"), la gente ya no aprovecha el aumento de sus riquezas para tener más hijos. Esto ocurre solamente en la periferia, es decir, en las regiones del mundo que se han asociado con Occidente, pero que no han nacido con Occidente. La

mejor ilustración de esto la constituyen las barriadas pobres, que rodean todas las ciudades del mundo con fuerte crecimiento, ya sea en México o bien en cualquier ciudad de América latina o el Lejano Oriente.

La mayoría de la gente se horroriza al ver toda la vida .que produce el "capitalismo". Pero esta gente aún no ha asumido la ética del capitalismo. Aunque han acudido a los principales centros capitalistas, siguen luchando por satisfacer este instinto, que han heredado de la pequeña sociedad primitiva: producir suficientes hijos como para que queden suficientes para mantenerlos cuando sean viejos.

Creo que Podría demostrar, si tuviera tiempo, que esta multiplicación de la humanidad, que tanto alarma a mucho de nosotros, se debe a una situación muy particular del mundo actual.

He utilizado el término "periferia" de la economía de mercado, es decir, el margen de seres que se ha aglutinado a las comunidades que poseen una economía totalmente desarrollada. Creo que esta periferia ha llegado ahora a la mayor dimensión posible: la brecha entre los países capitalistas avanzados y los países subdesarrollados, ha llegado a su nivel máximo. Y, como el impacto de la eficiencia del capitalismo opera en gran parte sobre este margen, vivimos en la época de la máxima tasa de mu1tiplicación de la

humanidad. A medida que un número creciente de regiones y territorios vayan a ser absorbidos por la economía de mercado, este margen o periferia, que ha llegado ahora a su nivel máximo, debe naturalmente encogerse.

Estamos viviendo entonces, en un período en que la humanidad se está multiplicando como nunca antes. Pero el acatamiento de las reglas tradiciona1es, que fueron seleccionadas porque eran las más benéficas para la multiplicación de la humanidad, no conduce a una multiplicación indefinida. Este es un proceso autorregulador. A medida que el orden avanzado de la sociedad extiende la porción del mundo, donde la gente ha aprendido a controlar su crecimiento, la periferia compuesta de personas que se benefician de este orden y, por lo tanto, pueden todavía satisfacer su instinto primitivo de tener muchos hijos, irá reduciéndose.

EL SOCIALISMO ELIMINA-EL MECANISMO AUTORREGULADOR

Pienso que este temor actual, porque las normas éticas de la economía de mercado produzcan un aumento indefinido de la población mundial, es absurdo. Todo lo contrario, constituye una prueba de nuestro éxito, el hecho de que podamos sustentar a una cantidad cada vez mayor de seres humanos donde queremos hacerlo, pero sólo donde queramos hacerlo. Esto no es un proceso inevitable.

Debo agregar también que existe una excepción a este principio. Dije antes que no conozco ningún ejemplo en la historia, de un aumento de la población que haya conducido a un empobrecimiento de las personas que ya existían. Pero debo hacer una excepción. Se trata del caso, en que el Gobierno redistribuye los ingresos y, por lo tanto, subsidia el desarrollo de personas que no pueden mantenerse a sí mismas. El aumento de la población constituye un peligro sólo cuando la redistribución de los ingresos por el Gobierno favorece la multiplicación de las personas que nunca podrán mantenerse a sí mismas.

Hay ciertas consecuencias que derivan de esto para nuestra política hacia el mundo subdesarrollado. Sólo daré un ejemplo muy breve. Hay regiones del mundo, donde es evidente que ciertas condiciones climáticas, y otras, nunca podrán permitir la subsistencia de una población importante. El ejemplo más conocido lo encontramos en las regiones meridionales del Sahara, donde estamos promoviendo un aumento de la población, de una población constituida por personas que nunca podrán mantenerse a sí mismas, según lo que sabemos de ellas. Menciono este caso, sólo como ejemplo del daño que podemos estar causando, favoreciendo el crecimiento de poblaciones en regiones del mundo que nunca podrán mantener a una población superior a la actual. Así es como estamos preparando miseria para el futuro, porque no

debemos imaginar que el mundo occidental estará indefinidamente dispuesto a mantener, en otras partes del mundo, a poblaciones superiores a lo que las condiciones locales pueden permitir.

Por lo tanto, mi punto de vista conlleva consecuencias muy graves para nuestra política hacia los países subdesarrollados. Pero déjenme volver, como conclusión, a los problemas de 1 mundo occidental.

LA MORALIDAD "TRADICIONAL ES VITAL PARA LA SUPERVIVENCIA HUMANA

Como conclusión para lo que acabo de exponer, diré que debemos, no sólo nuestra prosperidad, sino también nuestra capacidad para mantener a una población tan grande como la actual en Occidente, al hecho de que hemos acatado ciertas reglas, o normas morales, tradicionales, que son esencialmente las de la propiedad y la familia, cuyas funciones nunca entendimos; que la gente detesta, porque no entiende su rol; y contra las cuales se han elevado los grandes movimientos revolucionarios de nuestra época, el socialismo y el comunismo.

Lo que estoy tratando de hacer en el libro "La presunción, fatal" ("The fatal conceit" en inglés), es mostrar que el argumento de estos revolucionarios,

descansa en errores factuales. Ellos asumen que podemos, mediante la redistribución de los ingresos, colocar a todo el mundo en el nivel donde desearíamos que esté. Ahora bien, la diferencia entre el socialista y yo, no es, una diferencia de valores. Los socialistas tienden a afirmar, a fin de evadir cualquier discusión seria, que éstas son cuestiones de juicio de valor y que, por lo tanto, no se pueden discutir científicamente. Sin embargo, se equivocan a nivel de los hechos. Los socialistas asumen que podemos deliberadamente reorganizar la uti1ización de los recursos, para producir aún más, lo por lo menos una cantidad igual, de modo que la distribución del producto sea más equitativa de lo que es.

Estoy profundamente convencido de que el socialismo no es un invento de la clase trabajadora, sino m3ram3nte un asunto de los intelectuales. Pero tal vez se sienten chocados cuando diga que el escritor que lleva la mayor responsabilidad por esta conversión de los intelectuales del mundo occidental al socialismo, es un hombre que es considerado como un gran representante de la filosofía liberal, a saber, John Stuart Mill. y diré como ejemplo, para apoyar mi tesis, un extracto de su famoso libro "principios de economía política", que fue originalmente publicado en 1848 y, durante cien años, constituyó el libro de referencia de los economistas.

Mill empieza su exposición con la teoría de la producción y luego, en el

segundo volumen, pasa a la teoría de la distribución. En la primera página de este volumen, leemos lo siguiente: "Una vez, que el producto social está disponible los hombres, individual o socialmente, pueden hacer lo que quieren con él. Ahora bien, si esto fuera cierto, no cabe duda de que nuestro deber moral consistiría en velar porque este producto sea distribuido equitativamente. Sin embargo, si tratáramos de hacer esto, el producto nunca volvería a aparecer. La distribución de las retribuciones del mercado constituye precisamente el mecanismo mediante el cual los individuos se enteraron de 10 que deben hacer, a fin de hacer su máxima contribución al producto total. Y si tratamos de redistribuir el producto con el fin de tomarla distribución "equitativa", el mecanismo ya no nos lleva a hacer lo que debemos hacer, si queremos producir un producto del tamaño actual.

Todo el concepto, según el cual Podemos reemplazar el mercado por una planificación central, descansa en un error intelectual, que, me temo es muy extendido y que comparten tanto hombres de negocios como intelectuales. Las excepciones son muy- escasas. Pero, hace poco, descubrí una declaración pública emitida recientemente por un comandante militar, que me agrada enormemente: "La planificación es la sustitución del accidente por el error". Pero se trataba de un -oficial suizo y estas personas parecen ser bastantes diferentes de los funcionarios gubernamentales de otros países.